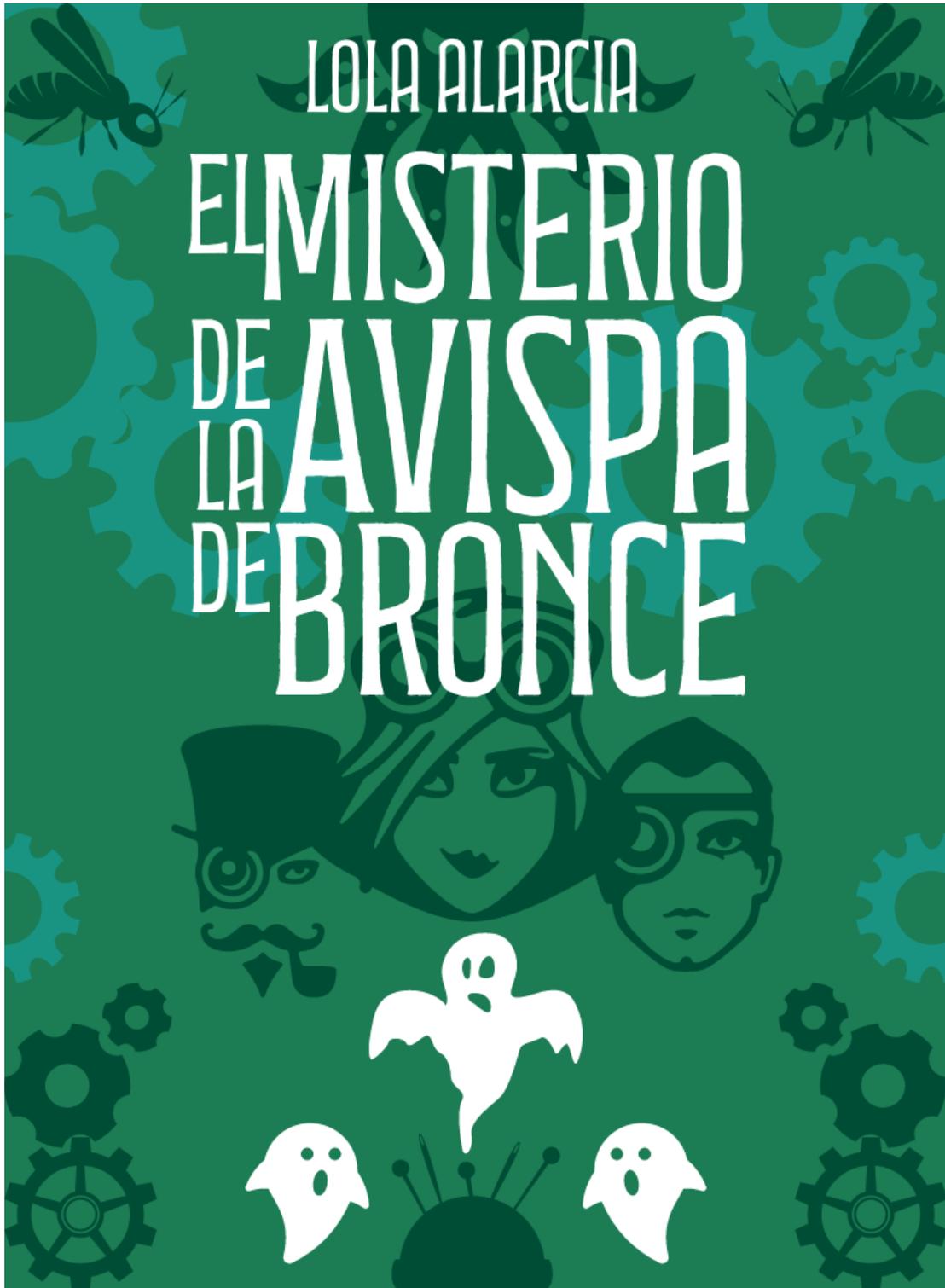


El misterio de la avispa de bronce

Lola Alarcia



Capítulo 1

El misterio de la avispa de bronce

El cadáver

Un guardia preparaba el cuerpo, todavía, tendido en el suelo, mientras el inspector Grimsby apuntaba en su libreta todo lo que le relataba Dulce, la doncella que acompañaba a lady Charlotte. Fuera se escuchaba el traqueteo de los coches de caballos al pasar junto al taller y el soplar del viento en el alero del tejado. Hacía frío, la ventana estaba abierta, extraño, porque ¿quién en su sano juicio la abriría con este clima?

Las farolas ya alumbraban fuera. Victoria miró su reloj. Cuando levantó la vista vio que algo se movía cerca del cuerpo de, la que fuera, una de sus mejores clientas. Debía ser su fantasma. La modista se levantó de su silla para tratar de ver mejor si estaba en lo cierto, pero, justo en ese instante, el inspector Grimsby agradeció a Dulce su colaboración y dirigió su mirada hacia ella. Sus ojos grises tenían un brillo extraño que ponía nerviosa a la modista. Victoria disimuló estirando las piernas y los brazos. El policía se le acercó mientras pasaba la hoja y apuntaba su nombre en la nueva.

—Señorita Spindle —la saludó—. Siento mucho lo ocurrido en su taller.

—Gracias, supongo.

El inspector guardó silencio, como esperando a que ella dijera algo más.

—¿Puede narrar lo ocurrido desde el instante en que la señorita Cupper entró en su tienda?

Victoria trató de hacer memoria. No es que ella fuera despistada, pero sí que era cierto, que su habilidad, o maldición, ver fantasmas, era una distracción difícil de explicar. El inspector esperó paciente.

—La señorita Cupper llegó tarde. La cité a las cinco y media, pero no se presentó hasta las siete.

—¿Le dio alguna excusa?

—La verdad es que no, se disculpó y me prometió encargarme un abrigo nuevo por las molestias. Su doncella quizá lo sepa.

—Continúe.

—Bien, ella llegó y la invité a pasar a mi taller, aquí tengo el probador y hay mejor luz que en la entrada.

Victoria se quedó muda al ver el fantasma de la señorita Charlotte Cupper cruzar la puerta de la tienda, atravesar a la doncella y detenerse junto a su cadáver. Trató de no mirarla, no quería que se diera cuenta de que la veía, pero fue en vano. La mujer se acercó hasta ella y se colocó junto al inspector. La miraba fijamente y cuando sus pupilas se cruzaron con las de Victoria, gritó: "Imposible".

—Señorita Victoria —el inspector Grimsby la miraba preocupado—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, disculpe —el fantasma seguía parlotando mientras daba vueltas alrededor de la modista.

Era complicado ignorarla. Victoria cerró un momento los ojos y cuando los abrió, el fantasma no estaba.

—¿Puede seguir con su historia?

—Claro. Pasamos al taller, junto a la doncella. Yo le entregué el vestido, para realizar los últimos ajustes. Se desvistió y la ayudamos a ponerse el traje. Entonces alguien entró en la tienda, escuché el tintineo del pulpo de latón que me avisa si entra alguien, cuando estoy en el taller, y las dejé aquí.

Se trataba de una joven que pedía ayuda, su madre estaba fuera, un caballo la había empujado y no podía levantarla sola. Yo salí, la calle estaba desierta, no había ni rastro del coche de caballos, lo que me sorprendió. No había nadie en los alrededores —ni vivos ni muertos—sólo nosotras. La gente suele ser educada. ¿Quién golpearía a una dama y la dejaría sin auxilio en mitad de la calle?

—¿Conocía a esas mujeres? —le preguntó el inspector.

—No, no las había visto en mi vida.

—¿Qué pasó a continuación?

—Yo entré y llamé a la doncella, tal vez, entre las tres, lográbamos levantar a la señora.

Pensé en pedir ayuda, pero las tiendas de la zona ya estaban cerradas. Salimos fuera. Ayudamos a la mujer a recuperarse y nos dieron las gracias. Eran muy amables, la verdad. Dulce y yo entramos a la tienda y

cuando abrí las cortinas del taller la vimos. Aquí, en el suelo, con mi vestido a medio cerrar.

El inspector se giró hacia el cadáver, pero sus compañeros ya lo habían cubierto. Apuntó varias cosas en su cuaderno y levantó la mirada buscando la de Victoria.

—¿Hay alguna puerta trasera? ¿Algún lugar por el que un atacante hubiera podido colarse?

—No.

—¿Cuánto tiempo estuvieron fuera?

—No sé decirle, debieron pasar diez minutos a lo sumo.

—¿Está segura?

—No, ya le he dicho que no sé exactamente el tiempo que pasamos fuera. Solo puedo decirle que salí sin abrigo y cuando entré estaba helada. Aún lo estoy, no entiendo por qué no cierran la... ¡oh!

—¿A recordado algo? —se interesó el inspector.

—¡La ventana! —Victoria señaló el hueco en la pared.

—¿Estaba abierta cuando abandonó la estancia?

—Por supuesto que no, ¿con este frío? Soy costurera, no podría dar una puntada.

—¿Cree que pudo ser la doncella?

—¿Quién abriera la ventana?

—No, me refiero a si la doncella tuvo oportunidad de hacerle algo a su señora.

En ese momento, el fantasma regresó, entró por la puerta y se dirigió hacia Victoria.

—Mi pobre Dulce, ella no me hizo esto —se lamentó la señorita Cupper.

—No, no creo.

—¿La ventana se abre por fuera? No parece rota —dijo Grimsby echando

un vistazo al marco, sin acercarse.

—No, la ventana sólo se abre por dentro.

—La abrí yo —confesó el fantasma.

—¿Podría jurar que usted la dejó cerrada totalmente?

—Por supuesto.

—Escuché un golpe en el cristal y me acerqué —contó la señorita Charlotte Cupper acercándose a la ventana.

—Entonces, debió ser la señorita Cupper quien la abriera. Tal vez nadie la atacó, no hay señales de lucha ni alguna herida que evidencie el motivo de la muerte. Puede ser una muerte natural.

—No, me han asesinado —protestó el fantasma.

—Tal vez estaba enferma o le dio algún tipo de ataque. Tenía calor, por eso abrió la ventana, y se desplomó sin más —dijo el inspector.

—¡No! ¡Me mataron! —le dijo a Victoria, que la miró un instante, suplicando con su mirada que guardara silencio por el momento, porque no podía hacerle caso.

—¿Está bien, señorita Victoria? —se interesó el inspector.

—¡Sí! ¡Pero estoy cansada! Estoy helada y cansada.

—Entiendo su malestar, pero tengo que hacer mi trabajo —se disculpó el inspector.

—Señor, ya está aquí el médico para revisar el cadáver.

—Bien, señorita Spindle, le agradecería que estuviera disponible los próximos días, hasta que certifiquemos que se trata de una muerte natural.

Victoria agradeció que todo terminara. El fantasma de la señorita Charlotte pareció entender su súplica y permaneció allí, en silencio, hasta que todos abandonaron el taller. Victoria cerró la tienda por dentro, echó los dos cerrojos y colocó una silla para bloquear el picaporte. El inspector no podía saberlo, pero ella sí. De primera mano, había un asesino cerca.

Cuando llegó al lugar en el que apareció Charlotte, no encontró al fantasma. Victoria había visto demasiados y sabía que no se regían por los

tiempos de los vivos.

Se acercó a la ventana, haciendo un cerco por el lugar en el que apreció el cuerpo. Ya no había rastro de aquello, pero ella no podía quitarse esa imagen de su cabeza. Sacó el cuerpo por la ventana, para alcanzar las hojas y cerrarla al fin, cuando vio el fantasma mirándola desde el suelo. Movía una mano, señalando algo. Cerró y echó el pestillo y decidió bajar hasta donde estaba Charlotte.

Antes de salir recogió su abrigo. Rodeó la fachada de su tienda y bajó las escaleras que conducían a los jardines que rodeaban el edificio. Ya no había rastro de la señorita Cupper. Miró hacia arriba, buscando la ventana de su taller. Desde ahí, tenía la altura de un tercer piso. ¿Quién podría haber subido hasta allí? ¿Y para qué? ¿Un ladrón? Pero, como dijo el inspector, no había rastro de lucha, un ladrón sorprendido habría huido, no había necesidad de matar a nadie. ¿Y quién querría robarle a ella?

Victoria se acercó a la pared. Había un canalón y algún refuerzo que, alguien habilidoso, escalaría sin problemas. Pero la ventana estaba cerrada. ¿Por qué elegir esa planta precisamente? Dio un paso para comprobar la robustez del canalón y su pie golpeó algo metálico. Se agachó y buscó. Le costó, pero al final lo encontró. No tenía suficiente luz para ver de qué se trataba, estaba frío y parecía de cobre. Entonces se fijó en el seto. Estaba partido, como si alguien lo hubiera pisoteado. Rebuscó entre los matorrales y encontró lo que parecía un alfiler para el cabello. La señorita Cupper entró en su tienda con un moño y cuando encontraron el cadáver sus cabellos cubrían el suelo alrededor de su cabeza.

—Escuché un golpeteo en la ventana y me asomé. Abrí para ver mejor y me encontré con alguien. No logro recordar quién.

Victoria estaba acostumbrada a recibir la visita de fantasmas, pero, allí abajo, en la penumbra de la noche, sola, y con la certeza de que había un asesino suelto, se asustó. Respingó y se le cayó de las manos el objeto. Charlotte se disculpó y le pidió a Victoria que descubriera qué le había pasado. Después se alejó en la noche, dejando a la costurera en soledad. Victoria recogió su hallazgo, regresó a su taller y bajo la luz de una lámpara lo inspeccionó. Era una avispa de bronce finamente detallada. Parecía de verdad. Victoria no estaba segura de si aquello pertenecía al atacante. Pero era un objeto muy curioso. Tal vez Charlotte regresara y recordara algo más.

Dejó la avispa y el alfiler en la mesa de su taller, lo llevaría a comisaría a primera hora. Apagó las luces y entró a su alcoba. Se desvistió, se puso su camisón y se fue directamente a la cama. No tenía apetito. Y, aunque tampoco tenía sueño, trató de descansar. Había sido un día normal, hasta el instante en que encontró a una de sus mejores clientas muerta, con el

maravilloso vestido que había confeccionado, en el suelo de su taller.

La avispa

—Señorita, ya le he dicho que no puedo dejarla pasar —insistió un oficial uniformado, con los ojos entrecerrados y una mirada de hastío.

Victoria no quiso insistir, al lado del hombre había una figura gris que no dejaba de parlotear. Se había dado cuenta de que la modista la podía ver y reclamaba atención.

—Está bien, pero creo que es importante. Estamos hablando de un posible asesinato.

—Escuche, el inspector Grimsby es quien lleva el caso y está hablando con el forense ahora mismo. La investigación seguirá el curso según la palabra del forense y no tengo nada más que hablar con usted.

El oficial cerró la libreta que tenía debajo de sus narices y, con el plaf de las hojas, se esfumó, como un mago. Pero a la vista, claro.

La silueta gris se quedó y guardó silencio. Victoria decidió hacerse la loca y se marchó. Para su fortuna, sola.

Ya fuera de la comisaria, se detuvo un instante para mirar otra vez la avispa de bronce. Era un objeto peculiar. Muy peculiar. Se preguntó si debía olvidar sus sospechas y volver a su taller para terminar los trabajos que tenía acumulados o guiarse por su instinto y centrarse en la investigación. Si la policía no estaba dispuesta a buscar a un asesino, lo haría ella. Si existía, claro. Quien había osado perturbar la paz de su taller, lo pagaría.

¿Cuál sería el primer paso? Necesitaba pistas. Nunca había hecho nada parecido. Si al menos el fantasma de la señorita Charlotte apareciera, quizá recordara algo nuevo que la orientara. Entonces pensó en el lugar en el que era más probable que estuviera su espíritu: su velatorio.

Los fantasmas, los que se quedaban, hacían cosas así, acompañar a sus seres queridos. Muchos se paseaban por su entierro y se dedicaban a criticar que esas flores no les gustaban, que cómo habían podido elegir ese atuendo para darle el adiós definitivo, ¿cómo se había atrevido fulanita a asistir a su sepelio? ¿De verdad no tenías un conjunto mejor que lucir en mi despedida? Victoria había visto de todo. Sin más dilaciones, se encaminó a la casa de la señorita Charlotte con la esperanza de encontrar algo y ya vería cómo seguía después.

La casa era imponente. Victoria no la había visitado nunca, sus clientas solían ir a su taller, nunca la invitaban a sus casas por temor a que

podría descubrir algún secreto con sus poderes de médium. Las pobres, no sabían que sus secretos las acompañaban a su taller.

—Querida Victoria, muchas gracias por venir —la saludó la tía de Charlotte.

—La acompaño en el sentimiento —le dijo.

—Mi querida sobrina, tan joven, tan bella...

—Una gran pérdida, justamente —intervino un hombre con un gran bigote y gafas doradas y redondas. Demasiado estrechas para su orondo perfil, parecían a punto de saltar por los aires.

—Este es mi querido esposo, el señor Carlo Trenti, Victoria, el tío político de mi Charlotte.

—Encantada, señor, le acompaño en el sentimiento.

—Muchas gracias, señorita —dijo el señor Trenti.

En ese momento, el hombre se atusó el bigote, nervioso y Victoria vio algo que llamó poderosamente su atención: sus gemelos. Eran de bronce. La talla era delicada, y le recordó a la avispa que guardaba en su bolso.

—Mi sobrina la tenía en alta estima. No dejaba de hablar de su mano con la aguja y de su otro don. ¿Tal vez podría decirnos algo sobre su muerte? ¿Ayudarnos a comprender cómo ha sido posible esta desgracia?

Victoria no escuchaba, estaba ensimismada con su descubrimiento. Tanto, que el señor Trenti se removi6 molesto y se disculpó al tiempo que desapareció por un arco hacia la oscuridad de la casa.

—¿Victoria? —insistió la tía de la señorita Charlotte.

—¿Sí? Perdona, no sé que me ha pasado.

—¿Quizá ha visto algo? —insistió la mujer.

—Lo siento, no. Pero... —Victoria quería preguntarle a la mujer sobre la vida de Charlotte, sus últimas semanas, tal vez hubiera algo que explicara un posible asesinato, pero no quería parecer descortés—. Puede que le suene raro, su sobrina tenía algún problema, no sé, alguna preocupación.

—¿Mi sobrina? Era un ángel. Nadie podría desearle mal alguno. ¿Por qué lo pregunta, acaso ha visto algo?

—No, es más una sensación —Aquella era una salida muy socorrida, no decías nada, pero lo dejabas caer.

—Mi sobrina era joven. Sólo le preocupaba su vida social y su fundación. Nunca estaba sola, siempre la acompañaba yo o su doncella. Aunque sí que hay algo que perturbaba su tranquilidad —recordó la tía.

—¿El qué? ¿Algo le preocupaba?

—Sí, su herencia.

—Pero, quedó huérfana muy joven, ¿arrastraba problemas con su herencia?

—Había una parte, la correspondiente a la fábrica, que no había recibido aún. Debía cumplir un cuarto de siglo para tomar las riendas.

—Eso iba a suceder muy pronto, su vestido, el que vino a probarse era para su fiesta de aniversario —recordó Victoria.

—Sí, ella nunca se preocupó mucho de todas esas cosas. Lo dejó en mis manos y yo, en las de mi esposo. Él la estaba educando para que se hiciera cargo de la fábrica, llegado el momento.

—¿Y tuvo algún problema con la fábrica? Tal vez su esposo sepa algo.

—No, aunque es cierto que llevaba rara unos días.

—¿Qué notó?

—Bueno, ella acudía todas las tardes al despacho de la fábrica para conocer los detalles del negocio. Y mi esposo se extrañó cuando dejó de hacerlo.

—¿Sabe el porqué? —insistió Victoria, aquello era importante.

—No. Debería preguntarle a mi esposo, si quiere saber más.

Victoria le mostró de nuevo su pérsame y se despidió. Salió a la calle y vio a lo lejos al señor Trenti. Mantenía una acalorada conversación con otro tipo al que Victoria no podía ver con claridad. Iba vestido de oscuro, con las solapas del abrigo levantadas, lo que ocultaba parcialmente su rostro. Tenía que escuchar esa conversación.

Se dirigió al jardín, que había junto a los dos hombres, oculta entre la multitud de la calle. Observó de reojo al señor Trenti, atenta por si la reconocía, pero el hombre parecía demasiado preocupado y no se fijó en ella. Cuando los setos la ocultaban de la vista de ambos caballeros, se

colocó entre los arbustos y trató de escuchar lo que decían.

—Eso no es algo que podamos resolver aún —dijo el desconocido.

—Me preocupa lo que suceda ahora —el señor Trenti gritaba tanto, que no le hubiera hecho falta arriesgarse.

—Ya sabes lo que hay.

—Esto ha sido una chapuza —dijo el tío de Charlotte—. No es lo que hablamos. Mi sobrina no estaba enferma, pero su madre murió en el parto a causa de sus problemas de corazón. Ella podría haberlos heredado y nadie tendría que hacerse preguntas por el trágico suceso.

—Que yo sepa, la policía no tiene caso.

—Y más te conviene mantenerlo así —protestó el señor Trenti—. ¿Dónde se encuentra la piedra? Es sumamente relevante, ¿qué digo relevante? Es crucial. Y no solo no la poseemos, además, tenemos a la policía investigando.

—No son lo suficientemente listos para atar cabos.

—Más te vale, porque no estoy dispuesto a perderlo todo por culpa de inútiles como tú y el fundidor ese de pacotilla. ¡Indetectable! ¡Y ha revolucionado a toda la policía!

El señor Trenti siguió protestando, pero Victoria no entendió bien todo lo que decía, empezó a hablar muy bajo y deprisa. Sí que escuchó un nombre: Bellino el orfebre. Lo conocía. Era un viejo ingeniero que hacía trabajos con bronce y podría ser el responsable de la avispa o saber quién había creado el objeto. Debía visitarlo.

—Me preocupa más esa mocosa, la costurera —Victoria ahogó un grito de sorpresa—. Me miraba raro.

—¿Ahora te preocupa una costurera? —el desconocido soltó una carcajada.

—No seas estúpido, me preocupa lo que dicen de ella, que sea verdad.

—¿Y qué dicen?

—Que es vidente o algo así.

—Pues quédate tranquilo amigo mío, porque esas charlatanas no son más

que eso.

Victoria decidió marcharse antes de que la descubrieran. Ahora tenía un hilo del que tirar. La policía estaba muy confundida si creía que la señorita Charlotte había muerto de forma natural.

Pensó un instante en marcharse a casa. Ella no era más que una modista, no tenía ni idea de cómo resolver un caso como ese. Pero tenía una pista y, mientras hubiera un rastro, no pararía. Revisó su bolso y comprobó que la avispa seguía ahí. Respiró hondo y decidió que investigaría por su cuenta. Allí, alguien le diría algo sobre su avispa, y eso la llevaría al posible asesino.

—¿Señorita Spindle? —el inspector Grimsby la asustó y soltó un grito de sorpresa.

Los hombres que discutían al otro lado del seto guardaron silencio y el desconocido se marchó, apresurado.

—Disculpe, no pretendía asustarla —el inspector parecía muy serio.

—No me ha asustado, sólo es que vi algo esconderse en este seto y me acerqué a ver qué era, tal vez una rata, y me pareció verla y por eso grité, nada más —Victoria no quería que el señor Trenti supiera que estaba escuchando entre los arbustos y no se le ocurrió nada mejor que decir.

—¿Se encuentra bien? La noto agitada.

—Estoy perfectamente, inspector. ¿Quiere algo o sólo pretendía asustarme?

—Pensé que no se había asustado —la corrigió Grimsby sonriendo.

—¿Se ha propuesto sacarme de mis casillas?

—No, le ruego me disculpe. Venía a dar mi pésame a la familia y a presentarle el informe del forense. Pero me alegra encontrarla aquí. Me han dicho en comisaría que quería hablar conmigo.

Victoria pensó si era buena idea entregarle lo que había encontrado. El señor Trenti ocultaba algo, y no quería que supiera que ella sospechaba.

—Sí, es cierto.

—Pues dígame.

—Inspector Grimsby —dijo el señor Trenti rodeando el seto.

—Buenos días, señor Trenti, en primer lugar quisiera ofrecerle mi más sentido pésame —dijo Grimsby tendiendo una mano que el señor Trenti recibió con fuerza.

—Muchas gracias, joven, ha sido una gran pérdida.

—Le comentaba a la señorita Spindle que traigo novedades.

—Espero que esas novedades no añadan más dolor a la pérdida.

Victoria no podía dejar de mirar el bigote del señor Trenti. Se movía ligeramente, como si estuviera nervioso y no pudiera mantener el gesto en calma. Se llevó la mano a la punta derecha y se lo atusó. El señor Grimsby abrió una carpeta marrón que llevaba en su mano y le tendió un documento firmado y sellado.

—Muerte natural, posiblemente debido a un infarto provocado por una enfermedad heredada que no había dado la cara —leyó el señor Trenti.

—Qué oportuno —soltó Victoria sin pensar.

—¿Cómo dice, señorita Spindle? —el señor Trenti la miraba con los ojos entrecerrados.

Victoria pensó en dar alguna explicación, algo para salir del paso. Su mente barajaba miles de posibilidades que se le antojaban inútiles y finalmente optó por quitarle importancia a sus palabras.

—Nada, disculpe, no me hagan caso.

—¿Qué era eso que la llevó a comisaría tan temprano? —dijo el señor Trenti, que había escuchado la conversación entre ambos al igual que ella había hecho minutos antes.

—Sí, aproveche que nos hemos encontrado.

Victoria pensó muy bien lo que diría a continuación. No podía negar la evidencia, pero debía ocultar la avispa, al menos en presencia del señor Trenti. Ese hombre no le daba buena espina y sus gemelos parecían fabricados por las mismas manos.

—Sí, claro —abrió el bolso y rebuscó entre sus cosas hasta que sacó el alfiler de cabello que encontró bajo su ventana.

—Eso era de nuestra Charlotte —el tono del señor Trenti parecía de

sorpresa. Pero había algo más: codicia, en su tono y en su mirada.

El hombre estiró su brazo y le arrebató el alfiler a Victoria. Lo levantó y lo acercó a su rostro, para verlo mejor. Entonces Victoria distinguió a Charlotte, la figura gris de Charlotte. La mujer lo miraba, triste y confundida.

—¿Eso es lo que quería mostrarme? —el inspector parecía molesto.

—Lo encontré bajo mi ventana, en el jardín —el señor Trenti volvió a clavar su mirada en ella.

—¿Está seguro de que pertenece a su sobrina?

—Sí —el señor Trenti pareció dudar. Victoria vio cómo Charlotte lo rodeaba y trataba de tocar su alfiler, pero su mano lo atravesó y la joven soltó un suspiro.

—Ella llevaba el cabello recogido en un moño y ese alfiler sujetaba la redecilla —explicó Victoria—. Cuando entramos al taller y la encontramos tendida, sus cabellos estaban sueltos.

—Pero lo encontró fuera, no en su taller —añadió Grimsby.

—Inspector, voy a entregarle esto a mi esposa, ella y mi sobrina estaban muy unidas, casi era como una hija.

—Me temo que no puede llevarse ese alfiler, señor —Victoria reprimió la sonrisa que quería dibujarse en su rostro.

—¿Por qué? —el hombre hablaba indignado, se tranquilizó con un breve pellizco a su mostacho.

—Es una prueba —afirmó Grimsby.

—Acaba de entregarme el informe del forense donde confirma la muerte natural, ¿qué prueba va a ser esta?

—Mientras no firme el informe de caso cerrado, esto, señor, es una prueba y debo llevarla a comisaría. Se les devolverá cuando corresponda, tiene mi palabra —el inspector Grimsby recuperó el alfiler y lo guardó en una carterita de piel que sacó de su bolsillo.

Victoria sonrió. El inspector tenía agallas. Charlotte pertenecía a una de las familias más poderosas de la ciudad, lo que hacía complicado llevarle la contraria a un miembro de la misma. El señor Trenti se marchó sin despedirse, dejando al inspector y a la modista con la compañía espectral

de Charlotte.

—Señorita Spindle, si me disculpa, aún le debo el pésame a la señora Trenti —el inspector se despidió y Charlotte se fue tras él.

Victoria se quedó mirando cómo ambos desaparecían entre el gentío y decidió acercarse al barrio de los trabajadores para buscar al orfebre que podía ser el autor de la avispa de bronce.

Victoria no tardó en encontrar el taller de Bellino. Aquella zona olía a hierro, aceite y grasa. Era un olor algo desagradable, al que terminas acostumbrándote si te quedas el tiempo suficiente. El taller estaba cerrado, lo que no entraba en sus planes. Pensó en esperar un poco, tal vez había salido por alguna urgencia. Cuando llevaba un rato allí, vio a una joven, vestida con un uniforme de mecánico de color marrón, que llevaba alguien poco corpóreo al lado. Victoria apartó la vista en cuanto se dio cuenta de que era un espíritu, pero ya era tarde, el fantasma se dio cuenta de que lo miraba y se dirigió hasta ella dejando sola a la muchacha.

—Hola, jovencita. Sé que me has visto, así que no finjas que no puedes oírme —le dijo el ente con voz grave y un tono inquisitorio al que Victoria estaba acostumbrada, los fantasmas solían ser muy caprichosos, mucho más que los vivos.

—No quiero que me vean hablar con alguien que ellos no pueden ver. ¿Puede entenderlo? No quiero que me tomen por loca —le contestó.

—Claro, claro, lo entiendo, entonces no hace falta que me mire ni que me conteste en voz alta, llevo siglos muerto, pero escucho perfectamente.

Victoria se giró y lo miró sorprendida. ¿Había dicho siglos? Nunca había conocido un fantasma tan antiguo. Ni siquiera sabía que podían perdurar por tanto tiempo. Es más, los fantasmas que había conocido nunca se habían quedado más de cinco años. La que más tardó en marcharse fue el espíritu de su maestra. Y cuánto la echaba de menos.

—Nunca había conocido a un fantasma tan viejo —dijo la costurera.

—Me lo tomaré como un halago, señorita, pero quiero que sepa que su tono es un poco descortés.

—Disculpe, es que me ha sorprendido.

—Está bien. Hablemos de otra cosa. Necesito su ayuda.

—Está bien, dígame —Victoria miró a ambos lados de la calle,

asegurándose de que nadie la miraba. Estaban solos, al menos por ahora.

—Se trata de mi bichozna.

—¿Perdón? —Victoria revisó al fantasma de arriba abajo. Sus ropas eran realmente exóticas. Se parecían a las ropas de los retratos familiares que vio en la mansión de los Trenti.

—Hablo de la nieta de mi tataranieto.

—De acuerdo —Victoria vio que alguien se acercaba por la derecha y empezó a caminar para disimular su nerviosismo.

—Necesito que ella encuentre algo que dejé escondido para evitar que alguien indebido se hiciera con él.

—Cuénteme lo que sea ya, no quiero que me vean hablando sola y la calle empieza a llenarse de gente.

—Debe ir y explicarle a la mujer que acompañaba cuando me vio, que lo que necesita está debajo de la tabla que tiene una quemadura de una rueda dentada. No necesita saber más.

—¿Teme que no sea yo alguien indebido?

—Comprenderá que el único motivo por el que confío en usted es que es la única forma de hacerle llegar ese mensaje a Adaline. No sé quién es usted ni qué interés puede tener, pero veo en sus ojos una limpieza que nadie con fines malvados puede tener.

—Vaya, le agradezco el cumplido. Ya me ha dado el mensaje, ¿puedo seguir esperando sola ahora?

—Por supuesto, pero lo que le pido es importante, debería ir ahora y contárselo. Ya tendrá tiempo después para seguir con su espera, algo muy poco fructífero, si me lo permite.

—No me importa hacerle el favor, pero, créame cuando le digo, que mi espera es muy importante, estoy tratando de resolver un crimen.

—¿Disculpe? ¿De qué crimen me habla?

Victoria se dio la vuelta y se encontró con la mirada suspicaz de un hombre entrado en años, con una colección interesante de arrugas alrededor de sus ojos azules, que contrastaban con el resto de su cara.

—Perdone, no me haga caso, estaba recordando en voz alta un teatro que acabo de leer —dijo Victoria nerviosa. No solía ser descubierta así,

siempre se cuidaba mucho de no entablar conversaciones con ningún espíritu en lugares tan públicos. Hoy había roto demasiadas veces esa precaución y al final había sido descubierta.

—¿Le gusta el teatro? A mí me resulta un poco cargante, la verdad.

—Este hombre es un completo ignorante, señorita, no pierda su tiempo charlando con él, lo único que sabe es fundir metal y darle formas que algunos aprecian —dijo el fantasma, muy molesto.

Victoria se dio cuenta de que ese anciano debía ser Bellino, el orfebre, y se regañó a sí misma por haber hablado en alto. ¿Qué debía hacer ahora? Ya no podría hacerse la tonta cuando preguntara por la avispa.

—La verdad es que sí, pero me gusta más leerlo que ver representaciones —en el teatro había muchos fantasmas, y casi siempre eran actores y actrices que todavía querían representar su papel y competían con los vivos, afirmando que ellos lo hacían mejor. Era una experiencia horrible escuchar la misma frase a tres y cuatro voces.

—El teatro es para los que les gusta, eso está claro. Ahora, si me disculpa, señorita, tengo trabajo que hacer. Un placer haber charlado con usted.

—¡Perdone! —dijo Victoria—. La verdad es que estaba esperándolo, es usted Bellino, ¿verdad?

—El mismo señorita, en qué puedo ayudarla.

—Sólo tiene que entrar y decirle lo de la tabla y la marca, nada más, no le llevará mucho tiempo —insistió el fantasma.

Victoria cogió aire y lo soltó despacio. Miró hacia el lugar en el que estaba el fantasma y buscó la forma de ganar tiempo para que la dejara tranquila y poder hablar con el orfebre.

—Venía buscando a una amiga que vive...

—Si se refiere a mi querida bichoza, no vive aquí, trabaja aquí. Es mecánica.

—...tiene su taller aquí al lado —dijo Victoria.

—Bueno, en realidad sí que vive, porque la muy terca dejó la majestuosa casa familiar, en las afueras, para dormir en un camastro en la buhardilla del taller. Una vergüenza para una joven de su clase, pero es un genio de la mecánica y para mí es un orgullo ser testigo de su destreza y

dedicación, pues yo mismo me interesé por el tema en vida.

Victoria trató de seguir hablando, ignorando la interrupción eterna del fantasma.

—Como sabía que su taller estaba cerca del gran orfebre Bellino, quise aprovechar para hacerle una visita y realizarle un encargo.

—Muchas gracias por sus palabras, señorita, es un gusto saber que me tienen en tanta consideración mis clientes —el orfebre abrió la puerta e invitó a la costurera a entrar.

—Muchas gracias, no tardaré mucho, mi amiga me espera —dijo, mirando al fantasma fijamente. Pareció entenderlo, pero, en lugar de marcharse, la siguió.

El taller era muy pequeño. Estaba muy limpio y ordenado. Olía a metal, pero de forma tenue y agradable. También se apreciaba olor a madera quemada que debía venir de los rescoldos de la chimenea. De las paredes colgaban algunos trabajos inacabados. Había candelabros, ruedas de reloj, hebillas de todas las formas y clases y hasta lo que parecían las piezas de un pulpo de hojalata de tamaño gigantesco. El orfebre se dio cuenta de que lo miraba con asombro y descolgó una pata para que la joven pudiera admirarla mejor.

—Es un encargo. Un regalo para una joven que quiere abrir un estudio de tatuajes.

—Vaya, es casi perfecto. Nunca había visto nada así.

—Es un buen trabajo, sí. Pero yo sólo creo las piezas.

—Mi bichozna se encargará de darle vida —intervino el fantasma.

—Su amiga Adaline es quien debe crear la maquinaria que le permita moverse. Quien me lo encargó fue claro, su deseo es que el pulpo pueda realizar tatuajes por sí mismo.

—Vaya, es una idea curiosa, me encantaría verlo en funcionamiento.

—Sí, será un gran trabajo. Ahora, dígame, a qué se debe su visita.

—Yo quería...

Victoria dudó si contar la verdad o adornarla. No sabía si ese hombre estaba implicado más allá de la creación de la avispa.

—...Encargar unos botones de hojalata.

—¿Botones? ¿Eso es más importante que decirle a mi Adaline dónde está lo que necesita? Pensé que quería resolver un crimen, al menos eso parece importante.

Victoria ignoró al fantasma, tenía años de práctica. El orfebre sacó una libreta y un lápiz de madera mordisqueado por la punta.

—Dígame cómo quiere que sean los botones.

Victoria abrió su bolso y buscó la avispa de bronce. La dejó sobre el mostrador y le indicó al orfebre que quería avispas como esa, con una pequeña argollita que pudiera coser a la tela para fijarlos.

—¡Vaya! ¿De dónde la ha sacado?

—La encontré en el suelo.

El orfebre la cogió y la observó. Parecía impresionado y Victoria empezó a pensar que no era obra suya y que su pista se perdía sin haber conseguido nada nuevo.

—Hice esta avispa hace unos meses, bueno, las piezas. Fue un encargo extraño, quien lo pidió no quería que se supiera de su existencia, insistió en que debía ser un trabajo secreto. Querían que volara y le indiqué que mi vecina, la mecánica Adaline, podría hacerlo en un único día.

—Adaline es un genio de la mecánica, ya se lo dije —presumió el fantasma.

—Pero no aceptó. Sólo quería las piezas. Al parecer ya tenían a alguien que se encargaría de hacerla volar.

—¿Y recuerda algo del hombre que realizó el encargo? —preguntó Victoria.

—No lo había visto nunca y no lo he vuelto a ver.

—Puede que le suene raro, pero, por un casual, tenía acento italiano.

—Sí. Recuerdo que le costaba decir avispa y repetía una y otra vez vespa. Recreándose en la s, decía: vessspa —el orfebre dejó la avispa en el mostrador—. ¿Lo conoce? ¿Fue él quien le habló de mí?

—No, es amigo de un conocido. Es que, desde que encontré la avispa no he dejado de preguntarme quién podría haber perdido una pieza tan exquisita y me pareció escuchar algo sobre que volaba y la persona de la

que le hablo.

—Bueno, gracias por la parte que me toca.

El orfebre le preguntó sobre el encargo de los botones y Victoria le pidió una docena de tamaño pequeño. No tenía planeado hacer nada con ellos, pero, no iba a dejar pasar la oportunidad de conseguir unos botones tan maravillosos como esa avispa. Ya les encontraría utilidad.

La costurera se despidió del orfebre. No había sacado mucha información de la avispa, ahora sabía que le hombre que hablaba con el señor Trenti había encargado la pieza, pero no quién había construido la maquinaria ni qué tenía que ver con la muerte de la pobre Charlotte.

Salió de la tienda y se dirigió al taller de la tal Adaline. No sabía muy bien cómo decirle lo que el fantasma quería que supiera sin comprometerse demasiado. No concebía que nadie descubriera su secreto.

—¿Ya es tiempo de cumplir mi petición? —le dijo el fantasma, ofendido.

Victoria lo miró con más detenimiento y se fijó en sus ropas. Nunca había visto a nadie vestido así. ¿Cuánto tiempo tenía aquel fantasma?

—¿Cómo se llama? Ni siquiera nos hemos presentado. Yo soy Victoria Spindle, modista.

—Mi nombre es David Grayson. Hijo de lady Selene Grayson. Le prometí a mi madre proteger lo que Adaline debe encontrar.

—Y cómo sabía su madre que en el futuro habría alguien en su familia que necesitaría ese diario.

—No lo sabíamos. Yo escondí su diario, pero no pude transmitir su existencia a mi propio hijo, porque murió muy pronto, y mi nieto era muy pequeño. Pero leí el diario y sé que lo que Adaline necesita ahora mismo, lo encontrará en él.

—¿Y cómo ha logrado quedarse tanto tiempo? He visto muchos fantasmas y todos se marchan tarde o temprano. Más temprano que tarde, la verdad.

—No sabría decirle. Creo que la culpa por no haber legado el diario me ha mantenido aquí.

—Si le digo a Adaline dónde puede encontrarlo, es posible que usted desaparezca, no sé si se irá o sencillamente dejará de existir.

—De una u otra forma, qué importa. Si voy a otro lugar, estaré bien allí. Y si desaparezco, qué más da. Lo que no existe ni sufre ni se lamenta.

—Visto así. Déjeme decirle que ha sido un placer conocerle. Es usted el fantasma más antiguo que he conocido.

—Hay más, créame. Y espero que nunca los conozca.

Victoria se detuvo frente al taller de Adaline y prefirió no preguntar más. Abrió la puerta y cruzó el umbral. Estaba oscuro, olía a aceite y a hierro quemado. El sonido agudo de una cuchilla se le clavó a Victoria en lo más profundo de su cerebro. Arrugó la nariz y apretó los dientes. Una joven, oculta tras unas gafas protectoras, levantó la cabeza y la miró sin decir nada.

Victoria saludó y vio que no la escuchaba, también llevaba unas orejeras para protegerse del sonido. Dejó lo que tenía entre las manos, apagó el motor del torno y se acercó al mostrador.

—Hola ¿puedo ayudarla en algo?

Victoria miró al fantasma, que asintió agradecido. El olor a hierro quemado era intenso y desagradable. Victoria, acostumbrada al olor de las telas y el perfume con el que impregnaba sus trabajos, sentía náuseas y se vio obligada a reprimir una arcada.

—Hola, perdone que la moleste, venía para preguntarle acerca de una pieza que he encontrado. Me gustaría saber si conoce a la persona que la realizó. No creo que existan muchos mecánicos con habilidades similares a las suyas.

—¡Claro! ¿De qué pieza se trata? —la joven cogió un trapo sucio y se limpió las manos con él. Estaba lleno de grasa, tanto como la joven que estaba tras el mostrador.

Victoria sacó la avispa y Adaline la miró extasiada. Era una pieza extraordinaria, de eso no había duda. Le pidió permiso para cogerla y la costurera se la cedió. La mecánica tenía restos de roña bajo las uñas, pero la piel había quedado bastante limpia a pesar de la suciedad del trapo.

—Esto es obra de Bellino —dijo mirando el abdomen de la avispa—. Sí, aquí está su firma.

—¿Y el mecanismo? —preguntó Victoria.

—¿Puedo abrirla?

Victoria le dio permiso y la joven cogió un estuche de su cinturón, donde llevaba varios destornilladores y otras herramientas puntiagudas. Con la delicadeza de un relojero levantó las alas de la avispa y con una pequeña herramienta desenchajó la parte de la espalda dejando al descubierto una serie de engranajes diminutos. Estiró el brazo sin mirar y acercó una lupa unida a un brazo extensible. Miró a través de ella sin poder reprimir una mueca de asombro.

—Esto es... ¡imagnífico! ¿De dónde la ha sacado? Es perfecta. Las alas se mueven con un rotor oblicuo, así pueden girar 270 grados y permitir que la avispa maniobre a la velocidad de una real, qué digo una real, mucho más rápido que un de verdad.

—La verdad es que la encontré en el suelo —le dijo Victoria.

—Dígale la verdad, le doy mi palabra de que es de fiar —le dijo el fantasma del señor Grayson.

—No se me ocurre nadie que pueda hacer un trabajo así —dijo Adaline.

—Bueno, si me promete ser discreta, puedo darle algo más de información —dijo Victoria.

—Tiene mi palabra —le contestó Adaline sin levantar la vista del interior de la avispa.

—Creo que alguien la utilizó para cometer un crimen.

—¿Quiere decir que la han utilizado para matar?

—No estoy segura de eso.

—¡Por supuesto! ¡Aquí está! Envenenaron a alguien ¿verdad?

—No lo sé, pero la mujer que murió era joven.

—Mire, aquí —le indicó Adaline, señalando un diminuto depósito colocado en la parte del abdomen—. Aquí se introduce la sustancia y el agujón la inyecta. Tenga cuidado de no pincharse, podría quedar algún resto.

—¿Y no conoce a alguien que pueda hacer algo así?

—No lo sé, aunque... tal vez... no. Es imposible. Mi maestro volvió a Italia y murió hace años.

—¿Italia? —preguntó Victoria, pensando en el hombre que hablaba con el señor Trenti—. Creo que el hombre que encargó las piezas a Bellino es

italiano.

—Tal vez sea otro pupilo de mi maestro. O incluso podría ser... ¿Qué edad tiene el hombre del que habla?

—Debe rondar los 50 —dijo Victoria.

—Su hijo. Nunca se llevaron bien. Sólo puede haberlo hecho él. Se llama Francesco Ricotti. Lo conocí cuando era más joven, no era un buen hombre. Ni su padre lo consideraba como tal, pero sé que heredó las habilidades de su padre. Se le daba muy bien la mecánica. Si alguien ha construido esta avispa, sólo puede ser él.

—Gracias, me ha sido de mucha ayuda —le dijo Victoria.

Adaline empezó a montar las piezas de la avispa para devolvérsela a Victoria, pensó en dejarla allí, la mecánica parecía entusiasmada con ella, pero debía entregarla al inspector Grimsby. Victoria se quedó mirándola, cómo cumpliría la promesa que acababa de hacerle al fantasma. La mecánica le preguntó si necesitaba algo más.

—No, pero, creo que está buscando algo especial, algo que necesita —le dijo Victoria. El fantasma la miró satisfecho—. No puedo decirle cómo lo sé, ni siquiera sé que busca, pero lo encontrará debajo de aquella tabla, la que tiene una quemadura que provocó una rueda dentada al rojo vivo.

—¿Cómo sabe eso? —se sorprendió Adaline—. Mi bisabuelo tuvo un accidente en el que explotó una máquina que estaba construyendo y una rueda saltó y marcó la tabla, mi padre me lo contó.

—No sabría explicarle —le dijo Victoria.

—¿Y dice que lo que busco lo encontraré ahí?

—Sí. Sólo espera a que me vaya y compruébelo.

—Bueno, entonces, gracias por el mensaje.

—Creo que tenía razón, Victoria, empiezo a sentirme menos visible —dijo el fantasma.

Victoria se despidió de Adaline y del fantasma, con una mirada cómplice. Era cierto que el fantasma era más transparente que antes. Victoria sintió algo de pena. Siempre la sentía cuando un fantasma dejaba de aparecer. Se marchaba un mundo con cada alma que se desvanecía. Y ese espíritu que tenía delante, tendría tantas cosas que contar.

Salió del taller, dejando a la mecánica buscando una palanca con la que levantar la tabla que escondía algo importante para ella. Victoria se fue derecha a su casa. Era tarde y tenía algunos vestidos que arreglar. Su faceta de detective tendría que esperar hasta el día siguiente.

Se fue directa a la comisaría, donde no encontró al detective. Pidió un sobre y escribió una nota en la que explicó que se le había pasado entregarle la avispa en su anterior encuentro y que la encontró junto al alfiler. Le recomendó investigar a un tal Francesco Ricotti y que la manejara con cuidado, pues podía contener algún tipo de veneno. Introdujo la avispa en él y escribió: "Para el detective Grimsby". Se la entregó al policía que tomaba los datos a la entrada y se marchó.

El hombre de negro

La luz del sol se colaba entre las rendijas de la persiana y Victoria se apresuró a echar las cortinas. Sus telas eran caprichosas y no sería la primera vez que un precioso terciopelo rojo quedaba salpicado de rayas descoloridas. Por una tarde no pasaría nada, pero las telas permanecían demasiado tiempo en el mismo sitio. Si bien era cierto que había algunas que no duraban en su taller ni un mes. Todavía recordaba aquella muselina color mandarina. ¿Cuántas clientas lucieron vestidos envueltas en aquella maravilla?

Volvió a su tarea. Su nueva faceta de detective quedaría aparcada un rato, había trabajo pendiente, por el que le pagaban, además. Tenía que terminar de montar una capa de noche y todavía no había empezado con el patrón del abrigo que la señora Parfois le había encargado días atrás. Y justo en ese momento en el que estaba enfrascada en sus deberes, apareció una señora que conocía bien. Fue clienta de su maestra y la había heredado junto al taller. Ni la muerte hizo que se librara de ella. Era el tipo de mujer que no conocía el silencio, aunque, era cierto, que desde que muriera no había abierto la boca. Victoria tuvo suerte, porque la primera vez que apareció en el taller estaba ocupada con una clienta y pudo ignorarla. Después de eso, se limitó a actuar como si no se percatara de su presencia, con la esperanza de que se aburriera y dejara de acudir.

Se acercó a la mesa dónde cortaba las telas, aunque estaba llena de trastos. Miró con detenimiento cada hilo, cada cinta y se volvió hacia Victoria, que bajó la mirada a su regazo y siguió cosiendo. No necesitó ver su rostro para saber que la expresión de desaprobación, muy similar a la de su mentora, se dibujó en su rostro. Era complicado para señoras como ella comprender que el desorden no incomodaba a todo el mundo por igual. Cada puntada dada era observada desde la otra punta de la habitación. Cuando terminó, se levantó y se dirigió a la mesa. Apartó unos rollos de tela y otros trastos y sacó el papel para dibujar el patrón del abrigo. Por un momento estuvo a punto de cometer el error de mirar a la

señora a la cara, pero se dio cuenta a tiempo y corrigió el movimiento.

Ya había dibujado el diseño y tenía las tijeras en la mano cuando lady Charlotte entró por la puerta. Era curioso cómo todos los fantasmas respetaban la arquitectura y el mobiliario. Sobre todo porque no podían abrir las puertas y las atravesaban, lo que era muestra de que sabían que podían hacer lo mismo con las paredes. Victoria no había visto nunca un fantasma con un aspecto más desesperado. La mujer se le acercó, ignorando el fantasma de la señora inquisidora.

—¡Vienen hacia aquí! —le dijo.

Victoria levantó la cabeza y la señora la miró con los ojos entrecerrados. Estaba a punto de delatarse, por el tono de Charlotte era urgente que le hiciera caso, aún así, prefirió esperar un poco más, hasta estar segura.

—Señorita Spindle, Victoria, ¿no me escucha? —casi gritó Charlotte.

A su lado, la señora miraba muy concentrada, como esperando su momento. Victoria se irguió, dejó las tijeras en el lugar que le correspondía en su cinturón, se colocó los cabellos que habían escapado de su moño y cogió aire. Lo dejó escapar despacio y miró hacia Charlotte.

—Es muy urgente, Victoria. Han enviado a alguien, creen que ha descubierto lo que yo —le explicó Charlotte.

—Explícame qué es lo que sucede, despacio, por favor —le dijo Victoria.

—¡Lo sabía! ¡Siempre lo supe! —exclamó la señora inquisidora.

—Discúlpeme, señora Plumber, pero comprenderé que no es agradable que la tomen a una por loca por hablar con fantasmas y evito hacerlo siempre que puedo —se disculpó Victoria.

—No hay tiempo para esto, señora, tendrá que esperar a que Victoria esté a salvo.

—Pero, ¿qué sucede? Las jóvenes siempre pensáis que todo es urgente —se interesó la señora.

Victoria le indicó a Charlotte que comenzara a contarle lo que la había llevado hasta allí. El fantasma le explicó que se encontraba en el taller que una vez fue de su padre, cuando su tío llegó. Hablaba con un hombre vestido de oscuro, de cabellos largos y desgreñados con las manos manchadas de grasa negra, como la que se aplica a la maquinaria, tenía acento italiano. Dijeron algo de un plan y que ella lo había estropeado.

—Su estúpida sobrina nos ha chafado los planes y cuando todo se encarrilaba, llega la mocosa esa, la modista, la piedra, se la dio al detective en sus narices —el hombre de negro parecía muy enfadado.

Su tío, sin embargo, parecía pesaroso, como si lamentara su muerte y lo que estaba a punto de suceder. Habló de la necesidad de eliminar testigos y de cómo debían darse prisa para poder zanjar este asunto cuanto antes. En ese momento, apareció un fantasma que la vio y le habló.

—Tu padre era un buen hombre, jovencita —le dijo a Charlotte.

—¿Conoció a mi padre?

—¡Claro! Él me dio una oportunidad y juntos desarrollamos la piedra de la que hablan.

—No estoy segura de qué piedra es esa.

—Tu padre y yo la creamos, yo era alquimista y él ingeniero. Juntos desarrollamos un cristal capaz de canalizar la energía y hacer la electricidad más eficiente.

Al parecer, su tío quería utilizar la piedra para monopolizar la energía y hacer crecer su empresa sobre el resto, pero su padre no lo quería así. Ante la posibilidad de perder el control sobre ella, decidió, junto al alquimista, destruir todos los documentos sobre la creación alquímica y dejar una muestra con un código que sólo un alquimista podría descifrar.

El fantasma le explicó a Charlotte que escuchó por ahí que esos hombres habían contratado a alguien para silenciar a la modista de la que hablaban. Por eso, partió hacia el taller, para prevenir a la muchacha y que pudiera huir.

—Tienes que salir de aquí —dijo Charlotte.

—¿Y a dónde voy a ir? Cerraré la tienda y ya —dijo Victoria acercándose al juego de llaves que escondía bajo el mostrador.

En ese momento descubrió que había alguien junto a la puerta, vestido de oscuro. ¿Cómo había entrado sin que sonara la campanilla? Se ocultó tras la cortina que la separaba de la tienda. Los fantasmas de ambas mujeres se le acercaron. La señora inquisidora se asomó y le indicó que había un hombre.

—Es alto y fuerte, señorita, no tiene nada que hacer si ha venido a matarla —le dijo sin modificar su gesto de desprecio continuo.

—Gracias por los ánimos, señora –le dijo Victoria en un susurro.

—¿No hay otra salida? –le dijo Charlotte.

—A lo mejor no es más que un caballero que quiere encargarse de un vestido para su esposa, o amante, no tiene buena pinta –dijo la señora.

—A lo mejor sólo viene a advertirme, ¿quién vendría a asesinarme en plena tarde? Yo esperaré a la noche.

—Le daría la razón, pero está cerrando la puerta por dentro y ya ha cerrado las cortinas de las ventanas –apuntó la señora.

—Genial, si mi maestra viera esta mesa y cómo quedará todo tras de mí volvería para repetirme lo importante que es el orden.

—¿No tienes puerta de atrás? –insistió Charlotte.

—Esta es una casa humilde, Charlotte, los pobres no tenemos de eso.

—Pero esta casa fue dividida, hace años era un edificio regio –dijo la señora, con calma.

—Bueno, eso explica la cantidad de espíritus que había cuando llegué al taller siendo una mocosa.

—¿Conociste a la señora Chamberstone? Esa sí que era una dama de la alta sociedad, no lo que nos queda ahora –dijo la señora. Charlotte no vio cómo la miraba de reojo.

—Señora Plumber, no es algo que me interese mucho ahora.

—Al menos tendrás algún sitio en el que esconderte –dijo Charlotte.

—Sí, claro, puedo esconderme en algún armario, o debajo de la cama, seguramente al señor asesino no se le pasará por la mente mirar ahí –dijo Victoria. Para ganar algo de tiempo, se acercó dando pasos cortos y procurando no tocar con los tacones el suelo hacia su alcoba.

No era mucho, pero al menos le daría una oportunidad. No tenía armas, bueno, no más que la tijera de sastre. La cogió entre sus manos. Era grande y pesada. La sujetó como si fuera un puñal. No se veía con fuerzas para clavarla en un cuerpo, pero dadas las circunstancias, no le quedaban muchas opciones.

—La señora Chamberstone presumía de haber diseñado ella misma los planos de la casa. Por supuesto, era mentira, su esposo era un gran arquitecto que la construyó para ella, eso sí es cierto –la señora Plumber

no paraba de parlotear. Charlotte la miraba sorprendida. Victoria aprendió a ignorarla en vida y en muerte, así que no le molestaba demasiado.

La modista cerró con cuidado la puerta de su alcoba y vio cómo el hombre de negro entraba en su taller, apartando las cortinas con cuidado. Llevaba guantes oscuros y un abrigo de paño grueso. De buena calidad, Victoria no necesitaba tocar las telas para saberlo. Las tijeras le iban a servir de poco si no atinaba en la cara, porque sería complicado clavarlas y hacerle daño a través de ese abrigo y la ropa. Sus posibilidades de salir de aquella habitación caían como las hojas de una morera en otoño.

—Recuerdo que aquí tenía una bodega. La cocina estaba en el taller y la tienda era la entrada del servicio, sí —la señora Plumber parecía recordar otros tiempos mientras el de Victoria se agotaba—. Aquí, en la bodega había un sótano. En él guardaban los embutidos y cestos repletos de manzanas. Aguantaban todo el invierno, porque el sótano no era un sótano cerrado, había galerías.

Victoria escuchó lo que dijo y se volvió con un rayo de esperanza en su mirada. La señora Plumber continuó divagando, paseando por la habitación y recordando tiempos pasados.

—¿Qué ha dicho? —preguntó.

—La cocinera era una fresca, le robaba carne a la señora Chamberstone, que nunca lo descubrió, creo, lo sé porque mi doncella me lo contó.

—No, me refiero a lo del sótano —insistió Victoria.

—Había unos pasadizos que llevaban a las cloacas, nunca me pareció una buena cosa, ¿las cloacas conectadas con mi casa? Si mi marido hubiera sido arquitecto y se hubiera atrevido emprender semejante proyecto, lo habría tenido a acelgas hervidas durante el tiempo que tardara en entrar en razón.

—Pero, ¿había una bodega? ¿Bajo los tablones? —insistió Victoria señalando el suelo de su alcoba.

—Sí, niña, pero esto era la bodega, lo de abajo era un sótano conectado con las cloacas, ¿te lo puedes creer?

—¿Dónde estaba exactamente la puerta?

—Aquí, bajo la cama, creo —indicó la señora algo indignada.

Victoria cogió una silla y atrancó la puerta con ella. Eso no le daría mucho más que un minuto. El hombre que había entrado en su taller era alto y fuerte. No le llevaría mucho tiempo tirar la puerta abajo. Se acercó a la

cama y la empujó. Le costó más de lo que esperaba. Hacia un año que había cambiado la vieja cama de madera por una de hierro forjado y justo ahora se arrepentía. Al otro lado de la puerta, el asaltante escuchó el ruido y trató de abrir girando el pomo. No lo consiguió y lo zarandeó hasta casi arrancarlo. Empujó la puerta y la silla impidió que se abriera, pero no tardaría en lograrlo. Charlotte gritó ante el primer golpe.

—¡Caballero! Abandone sus intenciones y márchese por donde ha venido
—le gritó la señora Plumber.

Victoria se tiró al suelo y levantó la alfombra. No había rastro de ninguna entrada. Empezó a golpear con los nudillos las maderas hasta que una sonó distinta. Buscó algo con lo que hacer palanca. Sólo tenía sus tijeras. Las abrió e introdujo una hoja entre las maderas y empezó a moverla para aflojar los clavos. Se lamentó por la tijera, era una de sus mejores herramientas y ya no volvería a cortar telas con ella. Quedaría inservible. Aunque, viéndolo de otra forma, era ella o las tijeras.

El hombre golpeó la puerta una y otra vez y por un momento Victoria creyó que no le daría tiempo a huir. En ese instante, la madera del suelo cedió. Arrancó con las manos dos tablones más y se encontró con una lona que cubría más maderas. Estas no estaban tan bien colocadas como las que formaban el suelo y pudo introducir sus dedos entre ellas para arrancarlas. Se clavó varias astillas y se cortó con un clavo.

—¡Era cierto! —gritó Charlotte.

—Por supuesto, niña, ¿por qué iba a mentir yo? Las damas exageramos, a veces tergiversamos, pero no mentimos —protestó la señora Plumber.

Victoria terminó de quitar dos tablones y vio un pozo negro del que no atinaba a ver el fondo. La puerta cedió un poco y el hombre introdujo ambas manos para zarandear la madera. La modista decidió saltar. No podía ser muy alto, o eso esperaba. Se sentó dejando caer sus piernas. Entonces comprendió que necesitaba quitar otra tabla más. Se quedaría atascada con sus ropas de invierno. Se puso en pie y se quitó la falda y la chaqueta, no tenía tiempo de forzar otro tablón. Hacía frío, sí, pero la otra opción era la muerte, así que no tenía mucho que pensar.

—Piensa salir así de casa —se escandalizó la señora Plumber—. Hasta en el mayor peligro una dama se debe al decoro.

Victoria saltó a la oscuridad justo cuando la puerta se abrió de par en par golpeando la pared. El espejo de su tocador cayó al suelo y se partió en mil trozos. Su mirada se cruzó con la de su asaltante en el último momento.

Victoria se desplomó contra el suelo. Estaba frío y se hizo daño en los tobillos al golpear por sorpresa. La tijera golpeó el suelo con un ruido metálico. No estaba demasiado alto, pero sí lo suficiente como para necesitar unos segundos para recuperarse.

—No tienes mucho tiempo, Victoria querida —le dijo Charlotte.

Victoria levantó la vista hacia la única luz que venía de su alcoba. El hombre la miraba, sólo distinguió sus ojos, que parecían echar fuego por ellos.

—El tipo se ha enfadado, Victoria —dijo la señora Plumber—. Deberías salir de aquí. Si con tus débiles manitas has logrado arrancar dos tablas, cuánto crees que tardará él.

La señora Plumber, a pesar de resultar irritante y sumamente pesada, tenía razón. La modista se puso en pie. Allí abajo hacía mucho frío, pero podía ser peor. A pesar de haberse quitado sus ropas, llevaba una combinación de lana que casi era un vestido en sí. Era una pena, una prenda de un tono crema tan delicado, en un lugar como ese, que olía a humedad y moho. Miró a su alrededor. No veía nada. La oscuridad era intensa. Sentía una ligera brisa en su rostro, lo que le indicó por dónde marchar. Se dirigió hacia allí y no tardó en chocar contra algo de madera. Se golpeó la sien derecha y sintió que un hilillo de sangre se deslizaba por su mejilla. Se llevó la mano y se palpó, pero no veía nada. Se detuvo y extendió las manos.

—Espera, yo te guio, Victoria —le dijo Charlotte—. Puedes seguir adelante, pero con cuidado, hay una caja en el ...

Victoria tropezó y se desplomó sobre la caja. Se hizo daño en las piernas y se clavó las maderas en el vientre. Si seguía así, le ahorraría el trabajo al tipo de negro. Se puso en pie y trató de seguir adelante. Charlotte le indicaba cuando parar y modificar su rumbo, pero iba demasiado despacio. Atrás, en el lugar en el que cayera momentos atrás, sonó el estruendo de las maderas rotas y el golpe de un cuerpo al caer. No podría huir así. Se giró y vio que el tipo llevaba algún tipo de luz. No tardaría nada en cazarla. Se volvió y trató de acelerar el paso, pero se chocaba con todo lo que había a su paso. Se desplomó de nuevo y casi rompió a llorar. Ahora sí sentía que el final se acercaba. Moriría allí abajo. En la oscuridad de un lugar sombrío y húmedo. Entonces vio a la señora Plumber. El fantasma parecía desprender algún tipo de luz y podía distinguir los muebles y las paredes del pasillo que había frente a ella.

—¡Señora Plumber! Vaya delante de mí, no se aleje más de tres pasos y siga adelante —le pidió Victoria.

Aquello era algo que nunca había visto antes, y llevaba toda su vida viendo fantasmas. Aunque no recordaba haber sido testigo de ninguno en la oscuridad total. Tal vez era el tipo de fantasma, Charlotte era reciente, la señora Plumber llevaba mucho muerta. La mujer siguió sus instrucciones y Victoria aceleró el paso indicándole que fuera más rápido. La modista cogió aire, esperanzada. Era fresco, se acercaban a un lugar cercano a la calle. Los ruidos de su perseguidor la seguían de cerca y si miraba atrás podía ver el resplandor de la luz que lo guiaba, lo que la alentó a correr más.

Una luz fue haciéndose presente poco a poco, y cuando llegó al final del pasillo, se encontró en una sala más grande, vacía, que recibía luz del exterior. Era muy tenue, provenía de una claraboya en la que habían crecido enredaderas que la habían tapado por completo. Victoria vio tres salidas y se decidió por la central. No tenía mucho tiempo y los tobillos le dolían tanto que casi le impedían caminar. Se alegró por llevar sus botas, eso había impedido que se hiciera más daño al caer. Siguió corriendo por el pasillo, en el techo había aberturas a intervalos regulares por las que se colaba el sol. Detrás de ella escuchaba los pasos de su perseguidor. Estaba sin aliento, el frío y el miedo eran agotadores, vio a lo lejos una salida y se dirigió a ella, pero al llegar, se encontró con una reja que le impedía abandonar el pasillo. Desesperada, se volvió para desandar sus pasos. Allí estaba el tipo de negro. Le había alcanzado. Se acercaba despacio, sabedor de que no tenía escapatoria.

—No pensé que una modistucha escuálida me daría tantos problemas —le dijo el tipo. Para ser un asesino alto y fuerte, tenía una voz clara y amable. Debía ser agradable charlar con alguien con esa voz si no estuviera en una situación como aquella, por supuesto.

—Victoria, tal vez puedas trepar por ahí —le indicó Charlotte a la joven señalando una escalera rota que conducía a otro piso. Necesitaría dar un buen salto y lograr sacar fuerza de sus brazos para trepar hasta poder enganchar el pie en algún saliente.

Victoria no creía poder lograrlo, aún así, dio un paso atrás para coger impulso. Pero la señora Plumber tenía otra opinión, acertada, como siempre.

—No, no, no, queridas. El tipo tiene razón. En lo de escuálida, porque eres buena modista, tengo que reconocerlo —dijo acercándose a la reja que las separaba de la calle—. Yo creo que si aprietas un poco, pasas por estos barrotes.

Victoria miró atrás y sopesó la situación. No le quedaba mucho tiempo, el tipo estaba ya a la mitad del pasillo y si no saltaba ahora, no tendría ni una oportunidad de huir. Miró los barrotes y se miró las ropas. Si no se las hubiera quitado, no habría tenido la más mínima posibilidad, pero ahora

que miraba los barrotes, uno de ellos estaba algo separado y podía intentarlo. Se acercó apresurada y metió la cabeza entre los hierros. Entró sin problema, después se giró y pasó los hombros. Se le atascó el busto, no contó con ese inconveniente.

—Un buen corsé, eso le hace falta a las jóvenes de tu generación. Con uno de estos ya habrías pasado. Qué manía de no apretar bien los cordones —insistió la señora Plumber sujetándose la cintura.

Victoria se removió hasta que logró colarse hasta la cintura. En ese instante, el tipo de negro fue consciente de que se le escapaba su presa y corrió hasta la reja. Victoria pasó el resto del cuerpo, pero el tipo la agarró por el moño y las faldas y tiró de ella hasta apretarla contra la reja. Victoria se resistió, no había escapado y llegado hasta allí para morir contra aquellos barrotes. Logró girarse y encararse con su asaltante. El tipo era bastante apuesto, lo que contrastaba con la expresión de ira de su rostro. Rodeó el cuello de Victoria con unos fuertes dedos enguantados. Ella le agarró el brazo, pero él ni lo notó. Victoria no se sorprendió al ver que los botones de los puños de la chaqueta representaban una mosca de bronce, similar a la avispa que encontrara bajo su ventana. No podía respirar y todo a su alrededor, incluida la voz de la señora Plumber, se desvanecía. No tenía tiempo.

Soltó el brazo de su atacante y trató de arañarle la cara. El tipo ni se inmutó. Entonces, al dejar caer las manos a sus costados, sintió el frío metal de la cadena que colgaba del cinturón que no se había quitado. Tiró de ella para hacerse con las tijeras. Las sujetó con fuerza y las clavó en la mejilla del su atacante y las deslizó hasta el cuello. El tipo, sorprendido, gritó y aflojó su presa, que cayó al suelo sin fuerzas y se apartó de la reja arrastrándose por el suelo.

—Victoria, ¿estás bien? —le dijo Charlotte.

La modista no tenía fuerzas y cerró los ojos. Le faltaba el aire y le costaba respirar. Decidió esperar unos segundos más y entonces se levantaría y se pondría a salvo, pero la oscuridad era muy reconfortante y se dejó llevar.

—¡Señorita Spindle! —le dijo el detective Grimsby por tercera vez—. Señorita Spindle, despierte.

La muchacha se removió, pero no abrió los ojos. El detective le dio un par de palmadas en la mejilla, tratando de hacerla recobrar el sentido. Entonces separó los párpados y al sentir la presencia del joven se asustó, pensando que su asaltante había dado la vuelta para terminar el trabajo. Se apartó arrastrándose hacia un lado y el detective se apartó hacia atrás mostrándole las palmas de sus manos. Victoria lo miró sorprendida, al

descubrir que el rostro que tenía delante era el de alguien conocido.

—Señorita Spindle, ¿qué le ha pasado? —el detective estaba preocupado.

Victoria lo miró sin decir nada y entonces recordó todo lo que sucedido. Miró alrededor, buscando a los fantasmas de las dos mujeres que la habían acompañado, ya no estaban allí.

—No se preocupe, ahora está a salvo —le dijo el detective pensando que lo que buscaba era a sus asaltantes.

—Yo, no sé quién era —explicó Victoria. Sintió el frío del viento y recordó que dejó sus ropas en su alcoba. Sintió el peso de una prenda en su regazo y la levantó para protegerse del frío y de su atuendo, aunque llevaba tanta ropa como si estuviera vestida. No estaba desnuda, pero ninguna dama debía permitir que un caballero, prácticamente un desconocido, la viera en ropa interior. El olor de la loción del detective la envolvió y fue cuando se dio cuenta de que el hombre la había arropado con su abrigo.

—Me acerqué a su casa, para que me explicara mejor cómo se hizo con el alfiler y encontré la puerta de la tienda abierta y nadie en su interior. Al no obtener respuesta, entré al taller y vi la puerta de la alcoba destrozada. Yo no sabía qué había pasado, así que bajé por el agujero y examiné los túneles. Cuando llegué hasta allí me asomé y la vi aquí tirada —le explicó Grimsby—. La llamé varias veces y no respondió, me ha dado un buen susto.

Victoria se limitó a apretar el abrigo contra su cuerpo. Estaba helada. No recordaba haber tenido nunca tanto frío y, por primera vez en su vida, no sabía qué decir. El detective se acercó a ella y la ayudó a levantarse. Le fallaron las piernas, por el frío y por el dolor que sentía en los tobillos. Grimsby la agarró por los hombros, la ayudó a agarrarse a su brazo y la sujetó por la cintura.

—Está helada. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí?

—No lo sé.

—Mire, allí llega la ayuda —dijo alzando el brazo libre y alertando a sus hombres de dónde se encontraba.

Un coche de vapor se acercó hasta ellos y Grimsby la ayudó a subir a él. Victoria se dejó llevar. No se sentía con fuerzas de pensar.

—Llevala a la casa de socorro —les indicó.

Cuando se separó de ella, Victoria le agarró la muñeca. Al ver su diminuta mano, manchada de barro y sangre, se dio cuenta de lo grande y limpia que parecía la del detective. El inspector no dijo nada, sólo la miró.

—Hace frío —le dijo Victoria—. Le devuelvo su abrigo.

Grimsby lo rechazó. Victoria miró su atuendo y le pareció que el joven cogería una pulmonía. Se lamentó al ver que su impoluta camisa estaba manchada de sangre. Esas manchas costaba sacarlas. Debes cuidar mucho la limpieza, Victoria, las malas costureras se pinchan y sangran. Y la sangre lo estropea todo, porque aunque logres eliminar la mancha, siempre queda algo. La voz de su mentora siempre aparecía en momentos delicados con advertencias inoportunas.

—Ya lo recuperaré cuando vaya a hablar con usted, ahora lo necesita más que yo —le dijo el inspector. Cerró la puerta del coche y lo golpeó para que partieran.

Victoria se acurrucó en el asiento, levantó las piernas y se arrebujó en el abrigo del inspector. No quería recordar todo lo que había pasado, era terrible, y le costaría alejarlo de su cabeza.

Revelaciones

Llevaba un rato en el hospital cuando apareció el fantasma de Charlotte. Su antigua clienta seguía preocupada, aunque nunca temió por la vida de la modista, no al menos, después de que lograra soltarse de los brazos del hombre de negro. Victoria no quería hablar, allí había mucha gente pendiente de ella y lo último que deseaba era que pensarán que se golpeó la cabeza. Charlotte lo entendió y sólo habló ella.

—Ya sé lo que pasó. No tengo pruebas, porque lo sé porque he recordado —empezó—. Mi tío lo planeó todo. Ahora está arrepentido, pero es tarde, para mí al menos.

Victoria asintió y le indicó que lo sentía con la mirada. Charlotte dio una vuelta por la habitación mientras parloteaba. Victoria no lo entendió todo, porque la muchacha hablaba muy bajito. Como si alguien más que ella pudiera escucharla.

—Mi padre me dejó el cristal en el alfiler de cabello. Es la piedra que él y un alquimista con el que trabajaba crearon para canalizar la energía eléctrica y potenciar su eficiencia.

—Tuvieron éxito y cuando mi tío se enteró quiso explotar el descubrimiento. Mi padre tenía otros planes. Quería explotar la piedra,

pero de otra forma. No quería convertir un avance como ese en algo que sólo podría servir a unos pocos para engrosar sus abultadas billeteras. Quería venderlo, sí, pero no en exclusiva a un único grupo, el de mi tío.

Hubo muchas discusiones por eso. Yo apenas era una niña y recuerdo las tensiones, pero sin detalles. Mi padre espació las visitas a su hermana, mi tía y poco a poco nos fuimos alejando. Hasta que llegó un día en que la relación se cortó. No llegó a despedir a mi tío, pero la relación se limitó a lo profesional.

Recuerdo que, en mi noveno cumpleaños, me regaló el alfiler de cabello, el que encontraste en el parterre. Lo he llevado desde entonces sin saberlo. La piedra que adornaba el dije es la piedra alquímica que creó junto a su compañero. Destruyó todas las que crearon, menos esa. Y eliminaron los documentos que podían conducir al desarrollo de más piedras como esta. Ahora sé por qué lo hizo. Temía por su vida y pensó que si sólo él y el alquimista conocían la fórmula, sus vidas cobrarían valor. El problema fue que los hombres que estaban asociados con mi tío no lo veían así. Pensaron que debía guardar una copia en algún lugar. Todos pensamos que la muerte de mi padre se debió a una desgraciada dolencia familiar. El corazón no ha sido nunca fuerte en mi familia. Lo envenenaron y pasó como un fatídico ataque al corazón. Como intentaron hacer conmigo. Pero tú encontraste la avispa que utilizaron para envenenarme.

Ahora lo recuerdo. Estaba dispuesta a despedir a mi tío, aunque no sabía toda la verdad. Una semana antes de mi muerte, recibí una carta. Mi padre la dejó en una notaría para que se me entregara en mi treinta cumpleaños. En ella me indicaba el lugar en el que podía encontrar la forma de recuperar los documentos que me llevarían a poder crear más cristales como ese por el que morí. Yo le di toda mi confianza, puse a mi tío al mando de mis asuntos, pensando que era tiempo de retomar las relaciones con mi familia. Debí encontrar la carta de mi padre y la leyó. Pensó que la clave estaba en el alfiler de cabello, porque no sabía que no se refería a ese cristal. Él y sus compinches pensaron que si se hacían con el alfiler lo tendrían todo. Pero no entendieron nada, porque, en la carta, mi padre me explicó que la fórmula se escondía codificada en el cristal.

Cuando era niña, mi padre me llevaba con él al taller de la fábrica. A mí siempre me gustó jugar con las herramientas, lo que provocó algún que otro accidente. Tenía un cristal de topacio perfectamente pulido, casi transparente y, un día, me mostró cómo ocultar mensajes en él. Sacó un soplete de éter y dibujó una margarita en el cristal. El dibujo resaltaba, al rojo vivo y fue desapareciendo mientras se enfriaba. Después, cogió una luz ultravioleta y la colocó en el canto del cristal. La margarita se iluminó en un violeta intenso cuando un instante antes no había nada.

En el laboratorio del taller hay una pizarra hecha con ese mismo cristal. Ahora sé que ahí se encuentra la fórmula alquímica para crear cristales como el que nos costó la vida a ambos. Ellos pensaron que si me quitaban el alfiler lo tendrían hecho, y decidieron matarme porque, a pesar de todo, seguía siendo la dueña de la patente y no podrían venderla al mejor postor.”

Victoria escuchó la historia con atención. Era triste conocer lo que había llevado a la muerte a su amiga. Y mucho más triste conocer hasta dónde había llegado la ambición de unos pocos. Pensó en lo cerca que ella misma había estado de morir y tembló un instante. Charlotte se despidió y desapareció por la puerta. Junto al marco, en el perchero, colgaba el abrigo del inspector Grimsby, que todavía no había acudido a interrogarla, a pesar de que era tarde. Victoria se incorporó en la cama, como movida por un resorte.

¿Cómo no se había dado cuenta? Estaban eliminando a todos los que sabían algo y el inspector podía no saber mucho, pero tenía en su poder un objeto por el que ya habían muerto dos personas: el alfiler de cabello.

Se levantó de la cama, descalza y en camisón. Buscó sus ropas, pero no llevaba ninguna al entrar en el hospital y nadie se había preocupado de lavar su ropa interior. Sus botas, manchadas de barro oscuro, sí estaban allí. Abrió un armario en el que sólo había sábanas y batas de hospital. Se asomó afuera y no vio a nadie. Se calzó sus botas, cogió el abrigo de Grimsby y se miró en el espejo para adecentar sus cabellos antes de salir. En su mejilla tenía un arañazo profundo y sobre la ceja derecha una costra oscura rodeada de una piel más oscura de lo normal. Levantó la barbilla, para sacar su cabello, que había quedado pillado por el abrigo y vio unas marcas moradas en su cuello. Se trenzó el cabello y se abrochó el abrigo. Salió de su habitación sin que nadie la viera y abandonó el hospital en dirección a la comisaría. No se le ocurría otro lugar en el que buscar al inspector. Tenía que advertirle del peligro que corría.

Era ya de noche. Apenas había gente por la calle, a excepción de los trabajadores que regresaban a casa de la fábrica y los farolilleros que caminaban en busca de problemas y asuntos ajenos en los que inmiscuirse.

Victoria se abrazó para tratar de encontrar más calor en el abrigo del inspector. Nadie pareció reparar en ella. Se cruzó con un par de fantasmas que la miraron con ojos inquisitivos, pero ninguno se dirigió a ella.

La comisaría se encontraba cerca del hospital y no tardó en alcanzarla. Estaba cerrada al público, pero había un policía en la garita por si sucedía alguna emergencia. Se acercó hasta él y le pidió que avisara al inspector

Grimsby.

El policía le contestó de malas maneras, con el gesto retorcido y el periódico abierto en sus manos. Victoria insistió y él dejó su periódico en la mesita que tenía delante y levantó la vista. Cuando vio las marcas de la pelea pareció asustarse y le preguntó si necesitaba ayuda. La modista le indicó que estaba bien, pero que necesitaba hablar con el inspector apresuradamente.

—El inspector Grimsby no está, salió poco después de las siete y ya no he vuelto a saber de él —le dijo.

—Pero me dijo que acudiría al hospital a interrogarme —Victoria estaba preocupada, ¿llegaba tarde?

—Pues me temo que le habrá surgido algún asunto, porque tengo entendido que estaba con el caso de una costurera que fue asaltada en su casa y, bueno, ¿es usted la costurera?

—La misma —confesó Victoria.

—Pues debería estar en el hospital, que es a dónde el inspector se dirigía.

—Me temo que está en su casa —dijo un fantasma desde detrás de Victoria.

La joven se volvió y se encontró con la señora Plumber. Parecía tranquila, como siempre. Victoria se preguntó cómo sería la vida de fantasma. ¿Una pululaba de aquí para allá? O tal vez aparecía dónde quería estar. Cuando toda esa pesadilla, en la que se había visto atrapada, terminara, se lo preguntaría a alguno. Al fin y al cabo, ellos siempre estaban preguntándole y pidiéndole cosas a ella. Victoria, olvidé darle la llave del cofre de las joyas a mi hija. Victoria, ¿puedes decirle a mi esposa que siempre supe que nuestro hijo era de mi hermano? Dile que nunca le guardé rencor.

—¿Puedo ayudarla en algo más, señorita? ¿Quiere que la acompañen de vuelta al hospital? No tiene buena cara.

—Tal vez deberían enviar a alguien a casa del señor Grimsby, puede que le haya pasado algo —le dijo Victoria.

—Por lo que yo sé, el inspector iba camino del hospital, no entiendo por qué daría semejante rodeo para ir a su casa.

—Tal vez fue por un abrigo —Victoria se lamentó por ello. Si le había

pasado algo en su casa, sería culpa suya.

—No sé, enviaré a alguien al hospital, tal vez se han cruzado, señorita, y esté preocupado porque usted ha desaparecido —le dijo—. Si quiere puede ir con ellos, así se encontrará con él.

—No, haga lo que crea oportuno, pero dese prisa.

Victoria se apartó de la garita antes de que el policía pudiera replicar. Se acercó a una esquina apartada y le pidió a la señora Plumber que le contara más sobre Grimsby.

—Le seguí. Es un muchacho muy apuesto y educado. No es de aquí, pero tiene clase.

Victoria guardó silencio, la mujer hablaba por los codos y nada la haría variar su relato, ni la premura ni el peligro que Grimsby pudiera correr. Para los muertos la vida se tornaba algo tan pasajero que no le daban ninguna importancia.

—Fue muy delicado con usted. Le dejó su abrigo y todo. El caso es que estuvo un rato en la comisaría, rellenando aburridos documentos. Cuando terminó, avisó de su marcha a interrogarla y cuando salió, sintió frío, debía hacerlo, todo el mundo llevaba gruesas chaquetas y bufandas, ya ni me acuerdo de lo que era el frío. Tampoco es que yo pasara mucho alguna vez. Una mujer de mi posición cuenta con ropas apropiadas y todas las comodidades en su casa, por supuesto.

—¿Y lo siguió a su casa? —preguntó Victoria.

—Sí, vive junto al cementerio, el de la iglesia de las rosas. Un lugar tranquilo para un vivo, pero un hervidero para alguien como usted.

—¿Está bien? —Victoria sabía que no iba a escuchar la respuesta que quería.

—Bueno, está vivo, o al menos lo estaba cuando me fui —dijo la señora Plumber.

Victoria cerró los ojos y por un momento no sintió frío ni dolor. ¿En qué se había metido? Ella sólo era una estúpida costurera que se creyó detective. Ni siquiera había averiguado nada en realidad. ¿Por qué la querían muerta? Y el pobre inspector Grimsby, si no le hubiera dado el alfiler, no estaría en problemas.

—¿Cuénteme qué le pasó?

—Bueno, el inspector llegó a su casa. Se quitó la camisa, estaba manchada. Yo no miré, mucho. Soy el fantasma de una dama casada. Las damas no hacemos eso. Estaba buscando una camisa limpia en el ropero cuando un tipo embozado le golpeó la cabeza. El inspector se desplomó y clavó una rodilla en el suelo. No lo noquearon y se volvió raudo. Estuvo rápido de reflejos. Le dio un puñetazo al hombre de negro en la rodilla y lo derribó. Se incorporó y sacó su pistola, la llevaba en un costado. El tipo quedó reducido, pero había otro. Este le golpeó en la cara y lo dejó inconsciente.

—¿Qué más? —le preguntó Victoria con el ceño fruncido.

—Bueno, verás, me asusté un poco, no me fui porque quedé paralizada. A mí no me podían ver, pero aún así, una conserva instintos. Lo levantaron y lo sentaron en una silla. Lo ataron y esperaron a que despertara.

—¿Qué querían?

—Hablaban de un alfiler de cabello. ¿Lo puede creer? Un alfiler de cabello. Hombres hechos y derechos peleando por un alfiler de cabello.

—¿Cuánto hace de eso?

—¡Oh! No mucho. De hecho, cuando la encontré, el tipo acababa de marcharse de la comisaría.

—¿Qué? ¿Por qué no me dijo nada antes?

—Porque una historia debe contarse desde el principio, si no, no se entendería —la señora Plumber la miraba con el rostro muy serio.

Victoria le pidió que la guiara hasta la casa del inspector. No podía explicar por qué sabía que el joven inspector necesitaba ayuda, así que tendría que ingeniárselas para sacarlo del peligro ella misma.

La señora Plumber no paró de narrar lo asustada que estaba y lo desagradables que resultaron esos dos maleantes. El inspector no les dijo nada, pero lo golpearon que sacarle dónde escondía el alfiler. Le propinaron un golpe tremendo en la rodilla con un mazo que uno de los tipos llevaba

—Sólo confesó cuando amenazaron con ir a buscarla al hospital —dijo la señora Plumber.

Cuando llegaron a la zona de la iglesia, Victoria percibió que el número de fantasmas aumentaba. Nunca había estado por ese lugar de noche y parecía que a esa hora les entraba ganas de visitar el mundo de los vivos.

No era un buen lugar para alguien como ella.

—Es allí —le indicó el fantasma.